

CAPITULO XXV.

Un consuelo al desgraciado.

Enrique, deseando saber el parecer de Pilar con respecto á la acusacion que habia pensado entablar contra Rossi, se habia dirigido al oscurecer, hácia la plazuela de San Sebastian, en el momento en que precisamente se ocupaba la justicia en levantar dos cadáveres.

El generoso jóven se acercó al grupo de serenos que habia acudido al sitio de la sangrienta escena, y quedó horrorizado al reconocer el cadáver de Pedro que acababan de colocar en una camilla, y el de Rossi que aun conservaba un gesto de ferocidad,

que revelaba bien claramente la desesperacion con que habia muerto.

Enrique se estremeció, y no supo á qué atribuir aquella lucha entre dos que se vendian por amigos, y se necesitaban en sus maldades.

No sabia que el golpe habia sido dirigido á él, y que la Providencia habia velado de una manera marcada por su existencia.

Enrique, deseoso de saber algo sobre el origen de aquellas muertes, se acercó á un grupo de hombres enfrazados que estaban en animada conversacion, para escuchar sus palabras.

Uno de aquellos hombres reparó bien pronto en la llegada del curioso jóven, y dijo en voz baja á sus compañeros:

—Silencio, que hay moros en la costa.

Y les hizo advertir en D. Enrique.

Este, viendo que por su llegada habian interrumpido la conversacion, y que le era imposible averiguar nada, se dirigió hácia la accesoria de Pilar, sorprendido de aquel hecho en que veia patente el brazo justiciero de Dios.

Los hombres que habian suspendido la conversacion al aproximarse Enrique, se quedaron quietos, observando el rumbo que tomaba.

—Como me lo supuse:—dijo el que les habia dicho que guardasen silencio:—á casa de mi comadre.

—Irá á consolarla, D. Encarnacion.

—Valedores—dijo éste;—yo sospecho de ése hombre.

—¿Cómo!

—¿No era enemigo de Rossi?

—Cierto.

—¿No era rival de mi compadre Pedro?

—Sin duda.

—Pues el enemigo y el rival han perecido en medio de una plazuela solitaria: ¿se han matado ellos, ó los han matado? Yo no creo lo primero, porque eran muy amigos: así es que debe ser lo segundo, y la presencia de este hombre en este sitio, y á esta hora, hacen que mis sospechas recaigan sobre él.

—Pero ¿cómo se habia de atrever á luchar contra dos?

—Pues entonces....

—¿No hay bribones que sirven á ricos, y que ejecutan por oro cuanto se les ordena?

—Eso es verdad.

—Pues hé ahí lo que yo creo que ha mandado hacer ese, para librarse de dos personas que le hacian sombra.

—Empiezo á ser de tu opinion.

Contestó uno.

—Y yo.

Añadió otro.

—Y nosotros.

Agregaron los demas.

—¿No seria bueno, dijo el primero, comunicar al alcalde nuestro pensamiento?

—Voy á hacerlo ahora mismo.

Contestó D. Encarnacion, y se acercó á la autoridad.

Entretanto, los cadáveres fueron colocados en dos camillas, y conducidos inmediatamente á la Diputacion.

El compadre de Pedro se llegó al alcalde, le suplicó que le escuchase, y empezó á comunicarle las sospechas que abrigaba contra Enrique.

Este, bien ageno de pensar que era blanco de una acusacion infame, penetró en la vivienda de Pilar, á quien encontró rodeada de multitud de vecinas que trataban de consolarla.

La infeliz, al verle, marchó á su encuentro con ese placer que sentimos al ver en nuestras grandes aflicciones á un verdadero amigo que toma parte en nuestras desventuras.

—¡Ah! D. Enrique.....—Exclamó Pilar derramando un torrente de lágrimas—la desgracia me reservaba su mas funesto golpe!.... ¡Pedro ha muerto.....!

Y la desdichada jóven, sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer sobre una silla con el mayor abatimiento.

—No hay que entregarse de esa manera al dolor;—dijo Enrique tratando de consolarla:—es preciso hacer un esfuerzo para no dejarnos dominar por la desesperacion.

—¡He vuelto á quedar sola en el mundo!

—No: la Providencia que le acaba de quitar un esposo, le prepara en este instante una de las satisfacciones mayores á que

puede aspirar su corazon: al lado de una gran desgracia, coloca Dios á las almas justas una ventura inmensa.

—¡Ah! la mia está muy lejos de contarse en ese número, y por eso le toca sufrir y padecer continuamente.

Exclamó Pilar con un acento de resignacion y de tristeza que ponía de relieve sus sentimientos religiosos.

—Yo tengo motivos para estar persuadido de lo contrario, puesto que soy portador de una noticia la mas grata que se puede comunicar á una buena hija.

—¡Cómo.....!

Exclamó Pilar con la mayor ansiedad, retratándose en su semblante una expresion de alegría indefinible.

—Hace tiempo que indiqué á vd. el feliz encuentro que tuve con su padre en Tampico.

—¡Ah!..... ¿Tiene vd. noticias de él...?

Preguntó la jóven, brillando en sus azules ojos y al través de las lágrimas suspendidas de sus largas pestañas, un limpio rayo de esperanza.

—Sí, y muy recientes.

—¡Dios mío!....

Y la jóven elevó su vista al cielo con una expresion sublime de gratitud interna.

En su semblante, bañado por la tristeza de los acontecimientos recientes, se deslizaba un resplandor divino que daba mayor realce á los encantos de sus delicadas facciones expresivas y correctas.

Enrique se valió de las expresiones mas propias en casos semejantes para acabar de verter la calma en el corazon de aquel ángel en forma de mujer.

El objeto que le conducia á aquel sitio habia desaparecido con la muerte de Rossi, y halló un loable pretexto para justificar su presencia en aquel sitio y en aquel momento, cosas ambas que podian dar márgen á maliciosas conjeturas en las vecinas que allí se encontraban.

Este pretexto era poner en conocimiento de Pilar, entonces que era libre, la llegada de su querido padre, insinuada de la manera que hemos visto, y que hasta aquel dia no juzgó prudente anunciar.

—Pilar—dijo Enrique despues de haber preparado el ánimo de la jóven á una buena noticia—la carta que acabo de recibir de D. Andrés, me autoriza á decirle á vd. que va á abrazarle muy en breve.

Aquellas palabras volvieron la vida al corazon de Pilar.

—¡Abrazar á mi padre!....—dijo, sin atreverse á dar crédito á lo que escuchaba.—¡Ah!.... no me engañe vd., D. Enrique!.... ¡no me engañe vd., por Dios!.... ¡Mi padre!.... ¿dónde, dónde está?....

Y el rostro de Pilar brillaba con el fuego del amor filial.

—Le verá vd. mañana.

—¿Y por qué no ahora?.... ¿Por qué, si no es un pretexto para consolarme, retardar ese instante de felicidad?....

Y la jóven inclinó la cabeza sobre el pecho, dominada por la tristeza que veló el brillo de sus ojos.

—Porque aun no llega; porque mañana entra en esta capital.

Dijo Enrique, valiéndose de aquel medio

para calmar la impaciencia de Pilar, y poder preparar el corazón del anciano á la noticia de ver á su hija.

—¡Mañana!....—contestó la jóven al ver retardar su felicidad un dia mas; y luego, volviendo á dar entrada á la natural desconfianza, continuó:—¡Ah!.... comprendo que solo trata vd. de neutralizar la pena que me agobia en este instante!

—No, Pilar; no es un recurso de que me valgo para presentarle un consuelo que dentro de pocas horas desapareceria haciendo mas sensible su desventura, sino que es la verdad misma.

—¿Será posible, Dios mio, que me tengas reservada tanta felicidad?

Y la afligida jóven dirigió los ojos humedecidos de lágrimas al cielo, expresando en su mirada la profunda gratitud de un alma que ve en el Eterno la fuente de todas las venturas que descienden sobre la atribulada humanidad.

—¿Me cree vd. ahora?

—¡Ah!.... sí, D. Enrique: le creo á vd. como creo en mí misma: vd. es el instru-

mento de que la Providencia se vale para anunciarme sus divinos favores y hacer menos terribles mis padecimientos.

—Confie vd., pues, en esa Providencia que hace pasar á la virtud por el crisol de las persecuciones y de las desdichas; sufra vd. resignada el funesto golpe que hoy ha descargado sobre vd., y abra vd. por fin su corazón á la esperanza y á la felicidad.

—Ver, abrazar á mi padre, es cuanto anhelo en el mundo despues de lo que ha pasado!

—Pues repito que ese deseo lo verá vd. satisfecho mañana.

—Si no lo destruye un nuevo contra-tiempo.

Contestó Pilar con acento melancólico.

—¡Qué idea tan funesta! ¿por qué presagiar inesperadas desgracias?

—¿Qué quiere vd., D. Enrique....? ¡hace tanto tiempo que sufro!....

—Sin embargo, desconfiar del bien que se anuncia tan providencialmente, es ofender á Dios. Yo he venido únicamente á darle á vd. esta noticia que no podia haber llega-

do en circunstancias mas aflictivas; y ahora que he cumplido con un deber tan grato para mi corazon, me retiro para volver mañana por vd. y conducirle á los brazos de su padre.

—¡Ah, generoso amigo!

Dijo la jóven con la efusion mas profunda de gratitud.

—Adios, Pilar: dejo á vd. rodeada de personas benévolas que desean consolarla, y le pido licencia para retirarme.

—¡Adios, D. Enrique! vd. ha traído la única medicina que existia en la tierra para calmar la profunda herida que hace un instante abrieron en mi acongojado pecho!

Enrique estrechó en su mano la de la agradecida jóven, y salió á la calle pensando en la manera de comunicar á D. Andrés el encuentro de su hija, pero sin que tuviera que avergonzarse del desigual enlace cuyos lazos acababa de romper la muerte.

Pilar, al verle salir, se puso de rodillas ante una imagen de la Virgen, y rogó por el alma de Pedro, á la vez que daba gracias

á Dios por la inesperada dicha que le preparaba de abrazar á su querido padre.

Durante todo este tiempo, el acusador de Enrique habia informado al alcalde de cuanto sabia; y el recto ministro de justicia, deseando cumplir con sus deberes, llegaba cerca de la accesoria cuando Enrique salia de ella.

La puerta de la habitacion de Pilar se habia cerrado detras de él, y por lo mismo nadie podia saber lo que pasaba en la plazuela.

—¿Es vd. D. Enrique de....

Le preguntó el alcalde con la mayor urbanidad.

—Sí señor; ¿qué tiene vd. que ordenarme?

—Que se dé vd. á prision inmediatamente.

—¡A prision....!—dijo Enrique sorprendido.—Pero ¿de qué delito se me acusa?

—De la muerte de los dos hombres encontrados en la plazuela.

—¿Acusarme de asesino?—exclamó sin poder reprimir su cólera Enrique.—¿Y quién es mi acusador?

—Yo—dijo D. Encarnacion con la mayor sangre fria, como quien está convencido de lo que dice.—El compadre de Pedro.

Enrique quedó sorprendido con aquella contestacion inesperada.

—Ya vd. conoce á su acusador:—dijo el alcalde interpretando desfavorablemente aquella sorpresa:—ahora espero me seguirá vd. sin obligarme á hacer uso de la fuerza.

—¡Jamás....—exclamó Enrique pasado aquel instante de aturdimiento:—esa es una calumnia que me ofende y que rechazo.

—¿No habia vd. entablado una acusacion contra Rossi?

Preguntó el alcalde afirmando los antojos sobre la nariz.

—Sí señor.

—¿No le aborrecia vd?

—De muerte, como aborrezco á todo malvado.

—¿No visitaba vd. con frecuencia á Pilar?

—Sí señor.

—¿No ha dado vd. todos los pasos indispensables para que á su esposo pusieran en libertad?

—Es cierto.

—¿Y ese esposo que acaba de salir de la prision no acaba de ser muerto?

—No cabe duda. ¿Pero qué tienen que ver las muertes de esos dos hombres conmigo?

—Tienen que ver la terrible acusacion que arrojan sobre vd. Tenia vd. un juicio contra uno de ellos, y aparece muerto: ¿quién tenia mas interes que vd. en privarle de la vida?.... Visitaba vd. á Pilar: ¿cómo deshacerse de su marido mientras permaneciese preso para dejarla libre á ella? Sacándole de la prision y condenándole á muerte; nada mas natural.

—¡Señor alcalde!....—dijo Enrique apretando los puños y rechinando los dientes—vd. me insulta con suponerme esos crímenes.

—Yo no hago suposiciones ningunas, ni acuso á vd.; no hago mas que cumplir con mi deber. No quiero dudar de la inocencia de vd., pero las apariencias le son á vd. contrarias. Además, la presencia de vd. en este sitio, y á la misma hora.... En fin,

yo no soy su juez, nada me toca á mí, sino suplicarle me siga, para que dé vd. sus descargos ante quien corresponda.

—Yo soy el primero que exijo tal cosa, para destruir esa infame sospecha que perjudica mi limpio honor. Sin embargo, soy militar, y exijo se me lleve á la prevencion.

—En eso será vd. obsequiado.

—Vamos, pues.

—Vamos.

El alcalde apuntó el nombre del acusador y la casa en que vivia: en seguida dijo á éste, que podia retirarse con sus amigos, y él se alejó con Enrique, llevando el camino de la prevencion.

Las vecinas que habian estado consolando á Pilar, se retiraron á sus casas, excepto una que se quedó acompañándola, merced á una buena gratificacion que le habia dado la jóven.

Pilar, al verse sola, elevó al Señor una tierna oracion desde lo mas íntimo de su alma.

Aquel era un acto sencillo y sublime, como lo son todos los que inspira la religion.

Poco despues, mas consolada con el bálsamo que vierte en el alma la oracion, se reclinó en su lecho, buscando el descanso á los tormentos de aquel dia.

La mujer que se habia quedado acompañándola, dormitaba en una silla.

La plazuela de San Sebastian volvió á quedar solitaria.

El negro zopilote que habia permanecido en la lúgubre torre, descendió á beber la sangre que habian dejado los cadáveres.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APR. 26. 1926 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XXVI.

El padre y la hija.

Serian las diez de la mañana del siguiente dia, cuando un coche se detenia en la puerta de una accesoria de la plazuela de San Sebastian.

La accesoria estaba marcada con la letra A.

El cochero bajó del pescante, abrió la portezuela y se quitó el sombrero.

Al ruido, todas las vecinas se asomaron para saber lo que pasaba.

Poco despues, un jóven de elegante porte, desmontaba del carruaje, y llamaba á la puerta de la humilde casucha.

Aquel jóven era Enrique, quien despues de haber probado facilmente su inocencia, iba á cumplir la palabra dada á la hija de D. Andrés.

La accesoria se abrió, y se dejó ver en el dintel la hermosa Pilar, vestida de luto con un traje de humilde tela, pero airoso y bien cortado, que realizaba las bellas formas de su esbelto cuerpo.

Enrique le tendió la mano para saludarla, y le suplicó que subiese en el coche inmediatamente.

—Pero ¿ha llegado mi padre?—preguntó Pilar con el mayor afan.

—Ha llegado.

La jóven cerró la puerta de la accesoria, guardó la llave, y montó en el carruaje.

Enrique subió tras ella.

El cochero cerró de golpe la portezuela, volvió á colocarse en el pescante, dió un latigazo á las mulas, y el carruaje desapareció á poco de la vista de los curiosos de la plazuela, torciendo por la calle del Cármen.

—¡Ah!.... conque voy á ver por fin á mi padre!....

—Dentro de un instante, señora.

—¡Y sabe....

—Todo, Pilar, excepto la mala conducta de vuestro esposo, porque me ha parecido prudente ocultársela.

—Sí, ha hecho vd. perfectamente en evitarme esa vergüenza, que le hubiera desgarrado el corazón.

—Le he dicho que era un artesano honrado, y á la muerte suya y de Rossi le he dado un colorido político, atribuyéndolas á un desafío entre ambos.

—¡Cuánto tengo que agradecerle á vd., D. Enrique, su prudencia y los distinguidos favores que me ha dispensado!

—Era un deber de la amistad y una exigencia del corazón.

Contestó el jóven.

—¡Ah! gracias: nunca se borrará de mi alma la noble conducta que ha observado vd. conmigo ¡Dios le haga á vd. tan feliz como merece serlo!

—La felicidad—contestó Enrique poniéndose triste con el recuerdo de una idea—no existe para mí, señora; por eso dejo á la

satisfacción que derrama en el alma toda acción buena, que supla los efectos de aquella.

—¡Cómo!....—dijo Pilar conmovida con la tristeza de su generoso amigo—¿no es vd. feliz?

—No señora, no lo soy: ¿puede haber felicidad para el que vive de amor y muere olvidado?

—¡Una pasión contrariada!....

Exclamó la jóven con acento melancólico, recordando á su vez la historia de sus desgraciados amores.

—Sí; amor contrariado por la mujer que amo y que nunca podré olvidar.

—¿Y por qué no esperar que cambie el corazón de esa mujer?

—¡Cambiar su corazón!.... ¡Ah!.... imposible.... Es demasiado virtuoso para que se opere mudanza ninguna en él.... Si la creyese capaz de volubilidad semejante, no la amaría como la amo.

—¿Luego ama á otro?

—Sí: ama á un hombre digno de ella; y

esta circunstancia me reconcilia en parte con mi desgracia.

—Muy indulgente se muestra vd. con su rival.

—Es porque ese rival es mi mejor amigo, Pilar: es el hombre que una húmeda mañana fué conducido á la casa de vd. herido.

—¡Miguel!

—El mismo.

—¿Y él corresponde con el mismo fuego al amor de ella?

—¿Quién, en las tinieblas de la noche oscura, no ama la luz de la apacible luna que aparece radiante en el azul del cielo para salvarle de los precipicios que se abren á sus piés?... ¿Qué infeliz enfermo no bendice la dulce medicina que hizo desaparecer para siempre sus dolores...? ¿Qué triste proscrito no besa lleno de gratitud la mano benévola que se abre hospitalaria en su amargo destierro?... Miguel había amado á otra mujer que no pudo ser suya; y cruzaba una vida cercada de tinieblas desde que se ocultó la primera estrella de sus amores: su corazón estaba enfermo con el

exceso del dolor, y su alma marchaba proscrita de los placeres que vierte una pasión correspondida. En medio de tan amargo destierro, se presentó bella y encantadora María, ángel de candor y de pureza, de ternura y de amor, oculto hasta entonces tras el cendal bellissimo del pudor. María fué la luz, la medicina, la mano benévola tendida al triste proscrito, y Miguel amó al sér que le volvía á abrir las puertas de la felicidad.

—¿Es decir que vuestro corazón ha renunciado hasta el dulce placer de la esperanza?

—¿Qué esperanza puedo acariciar, señora, cuando tal vez en este mismo instante...

Y Enrique se estremeció con un pensamiento, y no acertó á continuar.

Pilar advirtió aquel sacudimiento.

—¿Cómo!... ¿Le amenaza algun peligro?... ¿está en peligro su vida?...

Enrique, ensimismado en su pensamiento, no contestó á la pregunta.....

.....
El coche, despues de haber atravesado muchas calles, se detuvo en la de la Profe-

sa, enfrente á una espaciosa casa, y poco despues, Enrique y la jóven á quien acompañaba, penetraron en la lujosa sala del edificio.

Al verles entrar, el venturoso anciano que les esperaba con impaciencia, se arrojó con los brazos abiertos sobre la amorosa Pilar, exclamando fuera de sí de alegría:

—¡Hija mía!....

Pilar fijó sus grandes ojos, arrasados en lágrimas de júbilo en la faz de su querido padre.... palpó su cabello.... estrechó sus convulsas manos.... y al verle tierno y cariñoso como siempre, comprendió toda su felicidad y gritó entre suspiros y sollozos:

—¡Padre de mi corazón!.... ¡al fin encuentro á vd!....

Un silencio elocuente siguió á estas palabras: el venturoso D. Andrés tenia asida contra su corazón á la hija por quien tanto habia llorado, y temia se le escapase de entre sus brazos.... Temia el infeliz que todo fuera un sueño, y no se saciaba de mirarla.... Tenia allí cuanto amaba en el mun-

do, y apenas se atrevia á creer en su ventura. ¿Quién es capaz de pintar una escena tan tierna y tan sublime en que la lengua permanece muda para dejar al corazón que goce de las dulces afecciones que le inundan?

Querer expresar los sublimes sentimientos de un amor grande como la naturaleza, es profanar los inconcebibles misterios del alma, y reducir á los pobres y estrechos límites de la palabra lo que excede á lo imaginable y realiza lo imposible.

Don Andrés y Pilar permanecieron abrazados, y con los ojos llenos de lágrimas que las brotaba el exceso de ventura que les embargaba.

Enrique, con los brazos cruzados, les contemplaba enternecido á corta distancia, experimentando esa inefable satisfacción que acompaña al alma del hombre despues de practicar una buena obra.

Aquella patética escena, la contemplaba enternecido otro individuo, detras de la vidriera de una pieza contigua.

Este individuo era D. Antonio, á quien

habia contado Enrique, poco antes, la triste historia de Pilar.

Adherido el rostro á la vidriera, y separando un poco la cortina que velaba aquella, no acertaba á apartar la vista de la mujer cuyas primeras palabras de amor habian sido para él: para él que, al escucharlas, presintió una vida de inagotable ventura, de dicha sin guarismo, de felicidad sin término.

Pilar estaba hermosa como el ángel del amor que se presenta por primera vez á embellecer los ensueños del jóven de alma virginal que acaricia la seductora idea de un sentimiento para él desconocido, que se inicia por medio de sensaciones dulces, tiernas, íntimas, indefinibles que le hacen presentir otra existencia llena de encantos, de caricias, de dichas celestiales.

Las suaves hebras de su finísimo cabello rubio, peinado con gracia encantadora, armonizaban con las perfectas facciones de su ovalado rostro, blanco y bellissimo como el de Hebe, que se destacaba sobre sus negras vestiduras como la misteriosa luna en

medio de los oscuros celajes de una noche borrascosa.

En sus grandes y azules ojos, fijos en el rostro de su anciano padre, brillaba la pureza de una alma sin mancha, dando á su expresivo semblante un tinte de grata melancolía, de candor y de amor filial, que redoblaba los encantos de sus correctas facciones.

En aquella mujer todo revelaba virtud, cariño, resignacion y amor.

Era imposible verla sin sentirse avasallado por el tesoro de perfecciones que Dios habia derramado sobre ella.

Don Antonio trajo á la memoria los preciosos y risueños instantes del primer amor, cuando el alma, pura como las dulces flores antes de abrir su boton á la luz del alba, guardan todos sus perfumes para el dichoso mortal á quien está consagrada, y llevó la mano á sus ojos para secarse una lágrima.

Aquella lágrima era una página en que leia su sensible corazon el recuerdo de su presente y su pasado.

Veia á Pilar, hermosa, interesante y llena de atractivos como en la época feliz en que se abrieron sus nacarados labios á formular la primera palabra de amor que coloreó sus pudorosas mejillas; pero al traves de aquella celestial belleza, pareciale descubrir velada su alma á la vehemente pasión que brota de un pecho vírgen que siente la primer influencia de ese soplo vivificador por quien existe el mundo, crecen las plantas, y amamos la existencia.

Temia que así como los placeres de la juventud borran del corazon la memoria de los de la niñez, ó al menos los amortiguan, así al pasar á los brazos de otro hombre hubiera olvidado los juramentos hechos al sér que habia cifrado en ella toda su felicidad.

Recordaba haber leído muchas veces que nada resiste al tiempo, y que todo desaparece bajo su terrible y poderosa influencia, y no traia á la memoria las maravillosas excepciones de la invariabilidad que presenta la naturaleza.

No se acordaba de que al traves de las

borrascas, de las tempestades y de la furia de las olas, la aguja náutica señala constantemente al Norte sin que nada baste á variar su rumbo, y que el girasol solo sigue los movimientos del astro bienhechor del dia, muriendo para todos y viviendo para él.

Pilar podia compararse á esos dos objetos, porque, como ellos, no tuvo en la prolongada cadena de sus padecimientos mas norte ni otro sol que la memoria de Don Antonio.

Pero esto no lo sabia el jóven médico.

Enrique le habia contado todo, excepto la clase de vida que habia llevado al lado de aquel hombre con quien se habia unido para salvarse del furor de Rossi.

Don Antonio, como buen amante, no podia reconciliarse con la idea de que otro hubiese ocupado el lugar que á él le pertenecia.

Sin embargo, estaba tan hermosa Pilar, brillaba en su frente tal resplandor de pureza y de virtud, se notaba en sus ojos, ojos entonces en los de su anciano padre, tal

superabundancia de amor filial, de ternura y de candor; habia tal modestia en todos sus movimientos, y dulzura tanta en sus palabras, que el desconfiado amante no pudo menos que olvidar por un momento sus tristes ideas, para revestirla de toda la pureza ideal conque se presentó á sus ojos en la época feliz de sus risueñas ilusiones.

—¡Mucho has padecido, hija mia!

Dijo D. Andrés, estrechando cariñosamente la mano de Pilar, y siguiendo una conversacion que hemos pasado por alto, por atender á lo que pasaba en el corazón de D. Antonio.

—¡Mucho....! y sin embargo, todo lo olvidado en este instante en que Dios me vuelve al lado de mi querido padre!

—¡Ni un recuerdo para mí....!—pensó interiormente el joven médico:—¡ni una pregunta, ni una palabra!....

Y sintió oprimido terriblemente su pecho por la fuerza del sentimiento que imprime la creencia del olvido.

—El cielo, hija mia, se ha compadecido

al fin de nosotros, y nos reunè aquí, para no volvernos á separar jamas.

—Jamás, padre mio, jamás; vd. es el único sér que adoro sobre la tierra, y quiero consagrar toda mi vida y todo mi amor á vd., que necesita de mi cariño y de mi ternura.

Don Andrés acercó sus labios á la frente de su hija, á la vez que se escuchó en el cuarto en que estaba D. Antonio, un ¡ay! desgarrador, arrancado por las últimas palabras de Pilar, y el golpe como de un cuerpo que cae en tierra.

—¡Qué es eso, padre mio?—dijo Pilar, queriendo reconocer aquel acento, y poniéndose pálida como un cadáver.—¡Quién ha lanzado ese grito?

Enrique y D. Andrés, sin atender á Pilar que no tuvo fuerzas para moverse del sitio que ocupaba, corrieron al cuarto, cuya puerta se resistia por tener detras el cuerpo del desventurado amante, que no pudo resistir á la idea de haber perdido el amor de Pilar, y que cayó sin fuerzas al suelo,

como el fornido tronco de un árbol al cor-
tante golpe del rayo destructor.

Entretanto, los criados atraídos por el
grito, acudieron al sitio de la escena, co-
gieron en brazos á su amo, y abrieron la
puerta para que entraran D. Andrés y En-
rique.

Pilar, vuelta de su sorpresa, se lanzó tras
ellos para ver si era cierto lo que sospe-
chaba; pero D. Andrés salió á su encuentro
para prohibirle la entrada.

—No entres, hija mia, que nada ha su-
cedido.

—¡Ah!.... no me oculte vd. la verdad—
dijo la jóven afligida.—¿Ha sido esa la voz
de D. Antonio?

—¿Y qué adelantarias con saberlo?

—¡Ah!.... respóndame vd., padre mio,
respóndame vd.: ¿ha sido la voz de D. An-
tonio?

—Puesto que lo deseas saber, sí, hija mia.

Pilar se arrojó en los brazos de su padre,
derramando un torrente de lágrimas

CAPITULO XXVII.

Enlaces y desenlace.

¿Qué significan esos gallardetes y colga-
duras que adornan ese magnífico templo
dedicado á las esposas del Señor? ¿Qué in-
dican esas mil y mil velas de blanca cera
que arden sobre el altar sacrosanto del ma-
gestuoso convento? ¿Qué los acordes del
órgano sonoro, la numerosa concurrencia
que se prosterna reverente, y la brillante
tela que adorna la cátedra del Espíritu
Santo?

Un elegante castillo de fuegos artificiales,
se descubre en medio de la calle y enfrente
á la puerta de la iglesia; varios hombres,